
LA SOCIEDAD REFLEJADA

Torcuato Pérez de Guzmán

Universidad de Sevilla

EL AUGE DE LA REFLEXIVIDAD

De ser un tema marginal e incluso relegado al ostracismo dentro de la literatura sociológica, la reflexividad está pasando paulatinamente a ocupar un lugar central en la teoría. Posiblemente invadirá también dentro de poco el área de nuestras preocupaciones prácticas, e incluso de las éticas. El problema, por el momento, está en que el concepto, por su carácter proteico —útil para todo y para nada a la vez—, es de manejo difícil y delicado en cuanto se va más allá de una simple generalización.

En definitiva, y parafraseando la Biblia, hay una cierta tendencia a tomar en vano el nombre de la reflexividad. De ahí que sea conveniente, antes de entrar de lleno en la materia de este artículo, fijar algunas nociones e intentar explicarnos qué bases fácticas están impulsando la moda de hablar de reflexividad en cualquier ocasión.

Para empezar, debe quedarnos clara cuál es *in genere* la naturaleza del fenómeno. Como dice Giddens¹, reflexividad no es autorreflexión sin más. Para ser exactos, es la utilización por los agentes sociales de la información que les llega

¹ En palabras del propio Giddens, «la autoidentidad no es algo simplemente dado —como resultado de las continuidades del sistema-acción del individuo—, sino algo que ha de ser creado y mantenido rutinariamente en sus actividades reflexivas» (1991: 52).

constantemente acerca de ellos mismos, de su vida y del mundo. Y esa información desencadena procesos que sin ella no se hubiesen producido, porque el futuro previsto por los agentes sociales queda afectado. Es un fenómeno causado por la capacidad intelectual del objeto de estudio de las ciencias sociales (es decir, el ser humano) y que tiene repercusiones fácticas.

Conviene, desde luego, clarificar la diferencia entre la reflexividad y otro concepto —la reflexión— de similares resonancias. Esta última es, según el análisis de Beck (1994: 5), un fenómeno de índole consciente e intencional. La reflexividad incluye también una buena dosis de reflexión —tanto individual como colectiva e institucional, como sostiene Giddens—, pero no la implica necesariamente. La reflexividad es más bien un «reflejo» de los efectos colaterales latentes producidos por la dinámica social; y en este sentido ocurre compulsivamente, se la desee o no, y de forma manifiesta o invisible (Beck, 1994: 6).

Pero sea cual sea el modo en que opera la reflexividad en cada caso, lo más relevante de este fenómeno respecto a la sociología es, precisamente, su carácter de vehículo principal de la capacidad del ser humano para modificar el mundo social. Y más relevante todavía —porque el hecho nos afecta aquí y ahora— es que su fuerza se está incrementando en el mundo que nos ha tocado vivir. Veamos cómo tres sociólogos de primera fila² enfocan esa magnificación de la reflexividad en el seno de la modernidad avanzada.

A) *Ulrich Beck*

Influenciados por los planteamientos de nuestros clásicos, solemos pensar que el problema básico de las sociedades actuales sigue siendo cómo resolver en cada ámbito concreto las tensiones producidas por la acumulación diferencial de la riqueza; en suma, que los mayores quebraderos de cabeza provienen de uno u otro modo de la estratificación social. Pero, según apunta Beck (1992: 42), estamos pasando de un modelo de sociedades nacionales con problemas de clases —o sea, con problemas derivados de la desigual distribución de los bienes— a otro modelo más global, cuyo problema fundamental consiste en una adecuada distribución de los desastres. En una palabra, el asunto clave no es el reparto de los *bienes*, sino el de los *males*. El mundo está cada vez más expuesto a un número creciente de riesgos catastróficos, cada vez más graves, generalmente derivados de la depredación ambiental en cualquier parte del mundo. La tecnología en uso tiene una capacidad creciente para generar desastres cuyos efectos trascienden las fronteras nacionales.

² Me refiero a Ulrich Beck, Anthony Giddens y Scott Lash, quienes, después de haber hecho valiosas aportaciones individuales al tema, culminaron en 1994 el insólito proyecto de escribir sobre el tema un libro conjunto —*Reflexive Modernization*—, que se cierra con una apasionante discusión mutua sobre sus respectivos enfoques. Las citas «a la americana» de esta obra irán encabezadas por el nombre del autor responsable de cada aserto y no por la triple autoría, como sería lo ortodoxo.

Vivimos, por tanto, en una *sociedad de riesgo* donde la lucha se entabla, más que entre clases sociales, entre sectores económicos a nivel transnacional. Esto da lugar (Beck, 1992: 87-90) a un proceso de individuación, de desvinculación de las personas respecto a sus lazos institucionales tradicionales. Se produce un declinar conjunto de tres fenómenos hasta ahora centrales para la teoría: la sociedad de clases, la familia nuclear básica y la organización laboral entroncada con la producción masiva.

En la sociedad insegura e individualizada que de ahí se deriva aumentan las posibilidades —e incluso la necesidad— de que los agentes sociales reflejen críticamente los cambios para poder incidir sobre ellos. Los individuos, frente al debilitamiento de la regulación institucional, se ven abocados a tomar decisiones inéditas, unas decisiones que antes les venían dadas. Simultáneamente, la creciente espectacularización de los medios de comunicación masiva produce un lenguaje formalmente técnico pero poco significativo, que en realidad forma una matriz de símbolos «muertos». Paradójicamente, este vocabulario tecnificado potencia la nueva reflexividad, pues dota a los agentes sociales con medios de expresión no muy bien comprendidos pero que les permiten reflexionar y hablar sobre cualquier tema, por abstruso que sea.

De todo este síndrome, lo que más asusta a Beck no es la eventual regresión o desaparición de nuestro modo de vida a causa de actos *transnacionales* sobre los cuales es difícil o imposible nuestro control. Lo verdaderamente estremecedor es que el síndrome por él descrito presenta una *facies* de profunda ambivalencia —y no sólo social, sino también cósmica— que rompe con el imperativo de orden característico de la «modernidad simple».

En efecto, ya están lejanos los tiempos de firme confianza en que la ciencia encuadraría en pocas y simples leyes el comportamiento de la naturaleza. El viejo modelo ingenuo basado en la mecánica newtoniana —y que dio lugar en nuestros lares al positivismo lógico— ha sido demolido por la moderna filosofía de la ciencia, del que es buen representante el Popper tardío con su teoría de las propensiones³. Los planteamientos actuales sostienen que el indeterminismo e incluso el libre albedrío han pasado a formar parte de cualquier dominio científico. En consecuencia, podemos decir que, aparte del hecho de que no conocemos el futuro, éste es objetivamente no cierto; o, dicho de otro modo, está objetivamente abierto, porque es un proceso en el que se hallan presentes tanto los *accidentes* (el azar) como las *propensiones*. El mundo ya no parece una máquina regida por la causalidad; es indeterminable y ha de ser contemplado como un proceso en desarrollo, de posibilidades que se realizan y que dan origen a otras nuevas.

Si esto es así en las ciencias llamadas *duras*, es fácil imaginar lo que sucede en el ámbito de la sociología, sometido por añadidura a los «efectos colatera-

³ Una clara exposición de tales teorías se encuentra en la conferencia «Un mundo de propensiones (Un nuevo aspecto de la causalidad)», pronunciada por Popper en 1988 ante el *World Congress of Philosophy* de Brighton y publicada en *El País* (*Temas de nuestra Época*, año II, 44).

les» producidos por una reflexividad creciente. Urrich Beck llega a calificar el fenómeno de *autodisolución* y *autoarriesgamiento* (1994: 174): instituciones clave de la sociedad pierden sus fundamentos y su legitimación histórica. La reflexividad propia de las sociedades avanzadas equivale a ejercitar la «prognosis de conflictos de valores que están en los cimientos del futuro y son difíciles de resolver» (*ibid.*: 178)⁴. Las estructuras de la sociedad industrial están continuamente «desempotrándose y reempotrándose», lo cual lleva a una autorreflexión pública y científica para el diseño de políticas, con amplio reflejo en los medios de comunicación. Pero esa autorreflexión carece de poder profético: tenemos que esperar a ver qué sucede en realidad, porque el devenir depende de tantas condiciones e iniciativas que no puede decidirse por adelantado ni preverse científicamente (*ibid.*: 182).

Se llega así a la conclusión de que, a consecuencia de una reflexividad magnificada, el concepto de *riesgo*, promocionado con tanta fortuna por Beck, significa algo más profundo e inseguro que el riesgo a secas, tal como se entiende habitualmente. En nuestra cultura, hablar de riesgo implica la calculabilidad actuarial de un peligro, que por ende es asegurable. Pero el *riesgo* de Beck —y ahí está el meollo del asunto— es imposible de reducir a términos estocásticos (1994: 181). Esto conduce a un sentimiento generalizado de indefensión, campo abonado para los neofascismos y el fundamentalismo, donde caen los más afectados por esa inseguridad radical.

B) *Anthony Giddens*

La línea argumental de Beck es retomada por Anthony Giddens para mostrarnos algunos de los efectos de esa sensación que él califica de «inseguridad manufacturada» (1994: 184). Dentro de su conocida teoría sobre el papel de los «sistemas expertos»⁵, el problema está en que la ciencia ya no es un oráculo unívoco. No hay un único sistema experto para cada campo, sino una serie de ellos en competencia. Y no es que esto haga posible efectivamente la elección; lo importante es que *impone* la necesidad de elegir entre los diversos sistemas expertos legitimados. De la confianza pasiva en los sistemas expertos es preciso pasar a una confianza activa en su mediación.

La necesidad de que los individuos asuman un papel más activo es uno de los factores que coadyuvan al incremento de la reflexividad. De hecho, Giddens postula que no puede producirse tal magnificación si no existe al mismo tiempo un autoproyecto consciente del «yo»; es decir, una concentración en el propio ser, que es a su vez una necesidad derivada de la situación.

⁴ Para este autor, más allá de la dialéctica izquierda/derecha, los conflictos ideológicos y teóricos se pueden ubicar en los ejes y dicotomías de cierto/inseguro, dentro/fuera y político/apolítico.

⁵ Se trata de sistemas abstractos de conocimiento atribuidos a expertos de cualquier especie que garantizan normas de procedimiento transferibles de individuo a individuo y que median en nuestra forma de adquirir saberes (Giddens, 1991: 80, 243 *et passim*).

En efecto, debido al relajamiento institucional, las directrices de acción que la sociedad ofrece al individuo son cada vez menos fijas. Más bien, el día a día presenta múltiples elecciones que, una vez filtradas por el sujeto, se interiorizan reflexivamente para sostener una narrativa biográfica coherente, aunque continuamente revisada.

Por lo tanto, lo que Giddens llama «proyecto reflexivo» es la construcción cotidiana de una narrativa de vida coherente en un contexto de elecciones múltiples. Y eso desemboca en la hiperdiferenciación de los sistemas referenciales internos y, por ende, en la aparición de múltiples estilos de vida construidos mediante un creciente ejercicio de la autorreflexividad. Esto conduce a una individuación que poco tiene que ver con el egoísmo. Por el contrario, impulsa la aparición de nuevas formas de solidaridad social; entre ellas, un tipo de *intimidad* en las relaciones emocionales que, para Giddens (1994: 186), está tan lejos de la *Gemeinschaft* como de la *Gesellschaft* clásicas, porque genera una «comunidad» en un sentido más activo, donde apenas importan las distancias de tiempo y espacio. Proliferan así unos mecanismos de «confianza activa» que recuerdan en cierto modo al *tiempo de las tribus* de Maffesoli.

En el terreno psicológico, el *yo* alterado ha de ser explorado y reconstruido en un proceso reflexivo de conexión entre el cambio personal y el social (Giddens, 1991: 33). La falta de referencias claras fuera de uno mismo conduce a la ansiedad, que se mitiga recurriendo al pasado. De ese modo, el pasado personal afecta al presente; pero no por la vía de la tradición, sino por la de la adición, que es una repetición compulsiva de la conducta en un asunto concreto. Una de las características de la autorreflexividad, y también un signo de nuestro tiempo, es la irrupción de las prácticas adictivas en las áreas abandonadas por la tradición (Giddens, 1994: 70-71).

C) *Scott Lash*

Fiel a su alineación con el postmodernismo, las ideas de Lash sobre la reflexividad tienden a centrarse en su vertiente emotiva y estética. Pese a esa especialización que lo aleja de la corriente principal de los análisis sobre el tema, en los últimos años se ha producido una cierta convergencia. El primer paso de ese acercamiento está representado por la aguda y constructiva crítica que en 1994 hicieron Lash y Urry a la línea seguida por Beck y Giddens. Poco después, la participación de Scott Lash en la obra *Reflexive Sociology* ha servido para una amplia homogeneización con sus colegas, a los que sirve de excelente complemento.

Al comentar las preocupaciones de Beck y Giddens, incide Lash en el problema de la pérdida de confianza, añadiéndole una nueva dimensión. Se refiere a la idea beckiana de «irresponsabilidad organizada», entendida como la práctica —habitual entre las instituciones creadoras de los peligros de la sociedad contemporánea— de construir discursos de negación de responsabilidad. De

ese modo, tales peligros creados por las instituciones son convertidos en riesgos anónimos imputables a colectivos genéricos. Ello impulsa, como dice Giddens, a la apertura experimental y a la «democracia dialógica»: la verdad *formulaica*, característica del pensamiento tradicional, es sustituida por una verdad *proposicional* contenida por los diversos sistemas expertos en competencia mutua. Scott Lash sugiere la existencia de una tercera clase, la verdad *hermenéutica* o *narrativa*, cuyo juego se centra sobre todo en el terreno de las relaciones de intimidad para estructurarlas. Está en relación con la construcción de los intensos intercambios simbólicos propios de tales relaciones, creando un «horizonte semántico» formado por un conjunto de sobreentendidos y presunciones compartidos por los protagonistas de la relación de intimidad⁶.

Al decir de Lash (1994: 204), esa clase de verdad no es *gemeinschaftlich* como la formulaica ni *gesellschaftlich* como la proposicional. Es de un nuevo género y encaja a la perfección con los mecanismos de «confianza activa» de Giddens, aunque éste rechace la sugerencia por su regusto postmodernista.

LA TEORIA SOCIAL COMO REFLEJO

Sea cual sea el crédito que le prestemos a los análisis de estos autores, lo que sí evidencian es la importancia de la reflexividad en la sociedad actual y su creciente papel en el mundo de la modernidad avanzada. Un papel que se ve realzado porque, pese al auge del fundamentalismo, el impulso hacia la acción racional está en alza frente al postmodernismo fatalista. Y lo que más debe subrayarse, porque nos afecta especialmente, es la relación mutuamente reflexiva entre el quehacer del sociólogo y la sociedad en que vive. En este aspecto centraremos ahora nuestra atención.

A tenor de lo dicho, se comprende fácilmente que la reflexividad es un fenómeno omnipresente en la actividad humana. Sería imposible, en el corto espacio de un artículo, explorar incluso de forma somera todas sus manifestaciones y modalidades. De ahí que nuestro objetivo sea más modesto y se cña a tratar cómo se refleja la evolución social en la teoría sociológica, a través de una meditación sobre el artículo recientemente publicado por Geoffrey Alexander en la revista *Zeitschrift für Soziologie* (1994).

Como subraya Lamo de Espinosa (1990: 132), una de las hipótesis básicas que recorre la tradición sociológica es que la sociedad genera, controla o afecta de una u otra forma al pensamiento y la conducta. Por lo tanto, también incide sobre la teoría social, inspirándola y haciendo posible la hegemonía de unas corrientes sobre otras, según las circunstancias históricas.

La aceptación generalizada de esta hipótesis tiene, desde luego, mucho que ver con la infiltración expresa o latente del modelo marxiano, aunque es evi-

⁶ Nótese la similitud entre esta proposición y la idea de «particulares de indexicalidad» puesta en circulación por los etnometodólogos.

dente que en muchos sociólogos tal idea está compensada por el reconocimiento de que también se produce la influencia contraria. El ejemplo más notorio y citado es el de Merton (1964: 437 y ss.), con su formulación de la sociología de la ciencia entendida como el estudio de las relaciones *recíprocas* entre ciencia y sociedad. Pese a todo, no cabe duda de que la atención de los científicos sociales se ha polarizado en el impacto de la ideología dominante sobre la teoría sociológica, y en ese sentido van las reflexiones de Alexander en el citado trabajo.

BASES DE LA INFLUENCIA DE LA SOCIEDAD SOBRE LA TEORÍA SOCIAL

El punto de partida que propone Alexander es muy sugerente. Según su planteamiento, el dato esencial es que los sociólogos son, evidentemente, intelectuales; por consiguiente, no sólo pretenden explicar —e incluso cambiar— el mundo, sino que además se ven compelidos a *interpretarlo*. La teoría que construyen ha de suministrarles una iluminación sobre el significado del mundo y una motivación para vivirlo como personas.

De ahí se desprende que la *gran teoría* tiene una parte de ciencia y otra de ideología. Ideología no en el sentido marxiano del término, sino en el que hizo famoso Geertz (1987), quien dio a dicho concepto un sentido relativamente laxo y neutro, definiéndolo como «aquella parte de la cultura a la que concierne de modo activo el establecimiento y la defensa de pautas de creencia y de valor». En la vida común esa parcela del sistema cultural suele adoptar la forma de una *mentalidad*⁷.

Así pues, y aunque sea algo que por lo común prefiere ignorarse, la teoría social posee una dimensión existencial y mítica. Por tanto, la *gran teoría* es, además de ciencia, un sistema simbólico y un discurso generalizado que funciona de manera extracientífica. Sólo si reconocemos la penetración del elemento ideológico en las partes más abstractas de la ciencia social podremos evaluar y clarificar ambos elementos de modo racional.

⁷ En este contexto, las *ideologías* se entienden como un conjunto de creencias trascendentes —incluidas las correspondientes utopías o visiones de lo deseable— formalizadas y sistematizadas, mientras que las *mentalidades* constituyen una especie de magma informal y muchas veces implícito. Si aplicamos la terminología de Schutz (1962), las *mentalidades* forman parte del «mundo-vida», el mundo del sentido común cotidiano que es la «realidad primordial»; las *ideologías*, por el contrario, pertenecen a una «esfera de significado finita», a esa parte del pensamiento humano que ha sido procesado y codificado por los correspondientes especialistas hasta darle una forma lógica, explícita, reflexiva y forzosamente coherente. De ahí que sean pocas las personas que rigen sus vidas —y sólo en parte— en base a una ideología: la inmensa mayoría actúa más «llanamente», teniendo como referente una mentalidad más inasible pero no menos poderosa en su función rectora de las estrategias de vida. Para dos concepciones similares —aunque con distinta base epistemológica— de las mentalidades, véanse Abercrombie *et al.* (1980) y Cathelat (1986).

Los sociólogos, como intelectuales que son, no producen meras *crónicas* de su época. Como subraya Alexander, producen algo más sofisticado: *narrativas* históricas sobre su propio tiempo, dando al mundo en que viven una coherencia formal de la que en gran parte carece y convirtiéndolo así en un mundo acabado con un cierto sabor de lo ideal.

La ideologización de la teoría social no sólo se revela en la *narrativa* recién mencionada. Contiene también un segundo elemento que es la *codificación* del mundo percibido, una codificación que refuerza y da apoyo a la *narrativa*. Tales *códigos* simplifican la complejidad de las visiones sociales estableciendo una dicotomía. De ese modo, la sociedad en que se vive se designa con un único término lingüístico, adscribiéndosele otro distinto al mundo que le ha precedido. Así se crean identidades temporales y espaciales basadas en diferencias cuidadosamente seleccionadas y dramatizadas que pasan a formar parte de la teoría. Se resaltan unos rasgos determinados y se pasa de puntillas sobre otros, de forma que tanto la situación antecedente como la actual terminan siendo cualquier cosa menos neutras. En pocas palabras, los *códigos* contruidos definen, explícita o implícitamente, lo bueno frente a lo malo, lo ideal frente a su contrapartida dialéctica.

La *narrativa* y el *código* se complementan y estimulan mutuamente, generando entre ambos la textura del discurso colectivo. Así, cada período histórico construye una narrativa dominante que describe al pasado en términos del presente y, lo que es más importante, sugiere un futuro deseable. A su vez, cada narrativa se edifica sobre *códigos* binarios, sobre oposiciones polarizadas que sirven para dar sentido a nuestro tiempo. De este modo, la teoría social hegemónica en cada etapa es un reflejo de la narrativa dominante; una teoría que no sólo tiene una epistemología particular, sino también una escatología propia, una orientación de futuro.

Porque, en efecto, suele haber una narrativa social *dominante*, que es la adoptada por el entramado intelectual de mayor peso. Eso no significa que no haya contracorrientes y hasta una buena cantidad de hibridez discursiva, porque muchos intelectuales practican el acceso simultáneo a más de un *código* definitorio. Quizá todo ello pueda explicarse con cierta sencillez si utilizamos la vieja idea de Mannheim sobre la existencia de identidades generacionales que tienden a permanecer constantes. El resultado de dicha inercia sería un medio intelectual que contiene varias formulaciones ideologizadas y competitivas entre sí, acumuladas capa a capa como una formación arqueológica.

Evidentemente, las cosas no son tan simples. Con frecuencia, la textura narrativa específica de una generación de intelectuales se extiende en parte a las siguientes, a través de los mecanismos de socialización mediante argumentos de autoridad. También ocurre que muchos intelectuales se adaptan o se convierten, por convicción o conveniencia, a las sucesivas tramas de *código* y narrativa que se producen durante su vida profesional.

El complejo juego de los mecanismos recién mencionados produce un cuadro variopinto, donde es difícil reconocer las diversas sucesiones intelectuales

hasta largo tiempo después, cuando la lejanía permite contemplar con cierta perspectiva histórica las ideologías calientes de cada época. Sólo entonces es factible identificar la línea ideológica dominante en un determinado momento y las luchas que mantuvo, tanto con la tendencia que le antecedió y con la que le seguiría después como con los restos o los inicios seminales de otras varias texturas del discurso intelectual.

Cabe precisar, sin embargo, que el juego entre teoría, narrativa y código no responde exactamente a relaciones de índole histórica, sociológica o semiótica. Responde más bien a lo que Weber —adoptando una idea de Goethe— llamó «afinidades electivas», o a lo que la moderna filosofía de la ciencia explica en términos de propensiones sistémicamente relacionadas que son sacadas a la luz, como diría Popper (1988), a medida que se va concretando en presente un futuro relativamente abierto y sólo previsible en parte⁸.

LA TEORIA SOCIAL Y SUS NARRATIVAS

Para ilustrar el impacto de la narrativa social sobre la teoría sociológica, nada mejor que hacer un rápido repaso de la evolución de las teorías sociales dominantes durante el último medio siglo, todas ellas elaboradas en torno al concepto central de la *modernización*. Pero, antes de este análisis histórico, conviene desvelar cuál es el modelo teórico subyacente.

Ya hemos visto que la acuñación de códigos binarios no es un constructo teórico más o menos esotérico. Parece más bien una necesidad existencial, agudizada en las culturas de Occidente y el Oriente Medio por herencia de los antiguos maniqueísmos; los científicos sociales que siguen el estructuralismo de Lévi Strauss lo han convertido incluso en imperativo categórico, y defienden que es una de las mejores formas de pensar, si no la única «buena»⁹. Pues bien, esta tendencia a la dicotomía para dar sentido a nuestro ámbito moral se refleja también en el tratamiento habitual del concepto de modernidad. Así, quienes enfocan el tema de una forma clásica contraponen modernidad y tradición. Por su parte, los que están instalados en tendencias de rabiosa actualidad manejan la dicotomía entre modernismo y postmodernismo. Finalmente, algunos sociólogos como Giddens escapan de la matriz binaria y en un

⁸ En su célebre intervención en el Congreso Mundial de Filosofía de Brighton, Popper recordó que su *teoría de las propensiones* llevaba a una clara conclusión: en cualquier dominio científico se puede decir que, aparte del hecho de que no conocemos el futuro, éste es *objetivamente no cierto*; o, dicho de otro modo, está objetivamente abierto, porque es un proceso en el que se hallan presentes tanto los accidentes (el azar) como las propensiones.

⁹ El estructuralismo antropológico representa un intento de explicar la *conscience collective* de Durkheim en función de una dialéctica mental inconsciente de base neurológica y carácter panhumano. Presupone que bajo pensamientos aparentemente dispares se esconden significados parecidos, que son siempre reducibles a dos ideas opuestas entre sí. Tales oposiciones binarias constituyen las «estructuras» de ese estructuralismo.

sano ejercicio de hibridez discursiva distinguen tres etapas: premodernidad, modernidad y modernidad avanzada.

Alexander, sin embargo, sostiene que la dinámica es bastante más compleja. Por ello, propone para su comprensión un mecanismo de génesis y sustitución de las teorías dominantes que se desenvuelve por ciclos y que, interpretado en forma de diagrama, he plasmado en la *figura 1*.

En síntesis, el proceso se alimenta en la propia evolución social que, de manera rápida o lenta, va divergiendo del discurso social hegemónico y de su correspondiente teoría social. Durante un tiempo, estos constructos intelectuales se van adaptando como buenamente pueden a las nuevas circunstancias de la realidad, pero las divergencias y los casos anómalos se van haciendo más numerosos y son cada vez más difíciles de encajar en el discurso hegemónico y su teoría sociológica asociada.

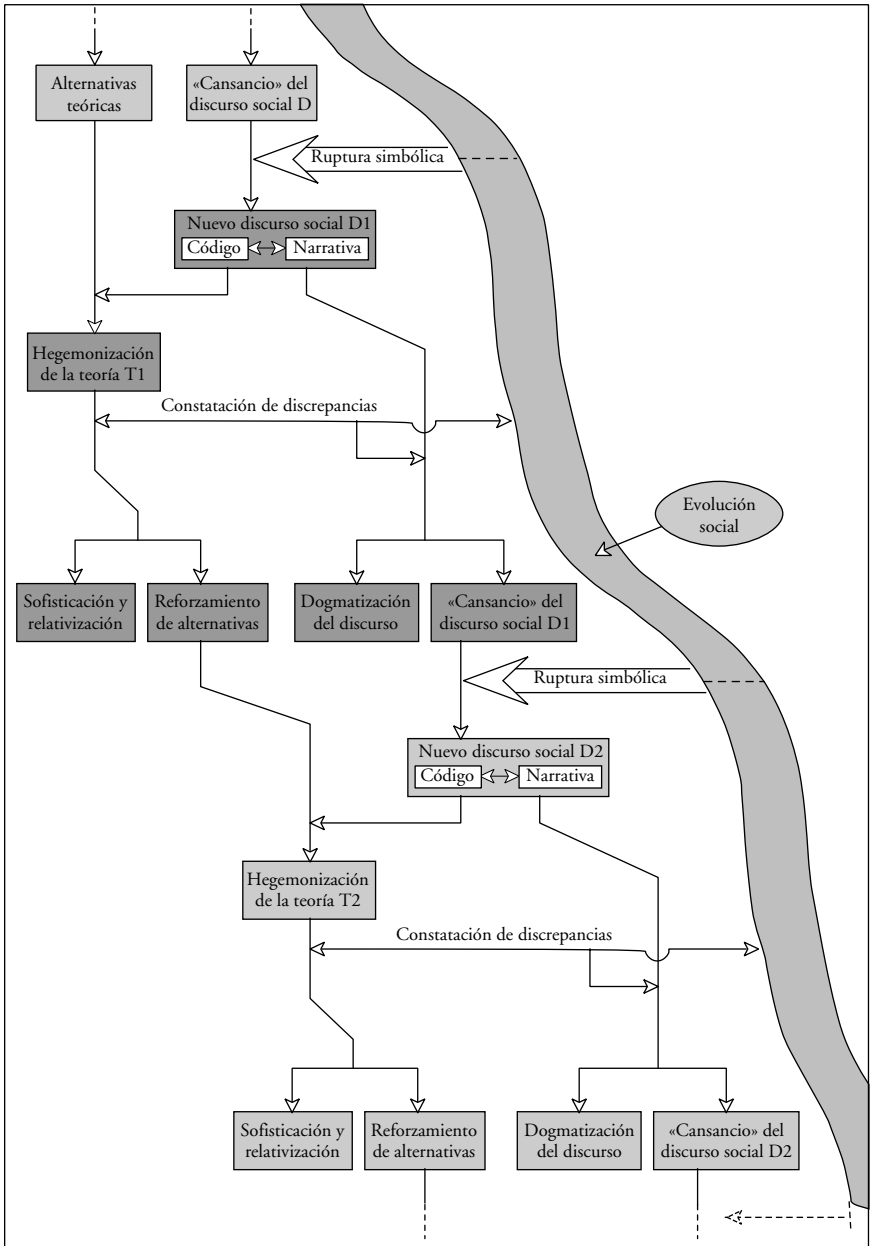
Pese a que tanto el discurso social (mediante la dogmatización) como la teoría sociológica dominante (a través de sofisticaciones y adaptaciones) ensayan mecanismos de defensa y supervivencia, llega un momento en que un suceso relativamente espectacular actúa como desencadenante de la crisis. Ese suceso es tomado como símbolo de que los tiempos han cambiado, generalizándose en consecuencia un sentimiento de ruptura que lleva a la elaboración de un nuevo discurso social hegemónico. Se acuña entonces un código apropiado, que define el pasado en negativo y el presente-futuro en positivo, al tiempo que la narrativa social adquiere unos tonos acordes con dicho código. Finalmente, el nuevo discurso incide sobre el acervo existente de teorías sociales e impulsa —o reconstruye¹⁰— a aquélla que mejor sintonice con su textura. Se abre así otro ciclo que, con el tiempo, seguirá un proceso similar al que le antecedió.

No es difícil reconocer las muchas semejanzas que existen entre el planteamiento de Alexander y la estructura de las revoluciones científicas de Kuhn (1975). Así, los ciclos descritos en la figura 1 pueden entenderse como una especie de paradigmas sociales (que son bastante más que pura teoría, porque incluyen una narrativa y un código claramente extracientíficos). Y esos cuasi-paradigmas se van sucediendo uno a otro a medida que no encajan con la realidad percibida. De todas formas, entre las concepciones de ambos autores existen varias diferencias que conviene señalar. En primer lugar, estos «paradigmas sociales» poseen una carga ideológica netamente superior a los descritos por Kuhn. En segundo lugar, son menos letales con sus antecesores: no los eliminan, sino simplemente les arrebatan una hegemonía más o menos extendida.

¹⁰ Jeffrey Alexander y Paul Colomy (1992) han acuñado el término *reconstrucción* para designar un proceso típico del desarrollo científico que es más radical respecto a la tradición originaria que los habituales esfuerzos de especificación, reelaboración o revisión de las teorías. La *reconstrucción* implica la convicción de que han cambiado los elementos fundamentales de los trabajos «clásicos» e incorpora elementos de corrientes teóricas competitivas, sin renegar por ello de la tradición originaria como tal. A su vez, la *reconstrucción* se distingue de la creación teórica porque no pretende iniciar una nueva «tradición».

FIGURA 1

Reflexividad de la sociedad sobre la teoría social



En tercer lugar, y como veremos a continuación, su tiempo de vigencia suele ser menor y, además, las sucesiones se producen cada vez con mayor rapidez. Finalmente, y quizás en la raíz de todo lo anterior, el fenómeno de la reflexividad es en ellos mucho más poderoso y patente. Pero, pese a tantas diferencias, persiste un cierto «aire de familia» entre los planteamientos de Alexander y los de Kuhn.

LOS DISCURSOS SOCIALES DE LA HISTORIA RECIENTE

Para ilustrar el funcionamiento del mecanismo descrito, Alexander se arriesga a plantear lo que él llama «un juego de reconstrucción hermenéutica» de la historia reciente de nuestra disciplina que gira, como dije antes, en torno al concepto de modernización. Se trata de una reconstrucción hipotética porque, como él mismo reconoce, se carece todavía de la conveniente perspectiva histórica.

Dicha reconstrucción distingue cuatro ciclos, que se suceden desde mediados de los años cincuenta hasta la fecha. Son cuatro períodos teórico-ideológicos entendidos en cierto modo al estilo de «modelos ideales» weberianos y en ellos hay que salvar siempre la coexistencia de pautas divergentes que compiten con la corriente hegemónica. La aplicación que hace Alexander de su hipótesis cíclica puede sintetizarse en un diagrama como el que se muestra en la *figura 2*, que es lo bastante expresiva como para no necesitar excesivas explicaciones.

Para cada etapa de las consideradas se retienen en dicha figura 2 siete aspectos esenciales: el primero lo constituyen los eventos sociales más destacados (que aparecen bajo el epígrafe *evolución social*). Los dos siguientes reflejan los acontecimientos que sirvieron para disparar el cambio de ciclo (*evento simbólico*) y el tiempo aproximado de duración de cada etapa (*vigencia*). El cuarto y el quinto ítems hacen referencia al discurso intelectual convertido en hegemónico, plasmado en los rasgos principales de su *narrativa* y en su *código*. Los dos últimos ítems expresan sintéticamente la *línea teórica* que devino dominante por «afinidad electiva», así como las *contracorrientes* que pretendían minar su predominio.

Conviene advertir que los momentos de comienzo y fin de cada etapa son un tanto arbitrarios y se hallan sujetos a las preferencias de quien los estipula. Con independencia de ese detalle, la hipótesis emitida por Alexander no sólo es muy plausible y enriquece nuestros puntos de vista, sino, lo que es más importante en este momento, ilustra de forma soberbia la influencia de la mentalidad social dominante sobre la teoría sociológica.

En síntesis, y como se ve en la figura 2, los cuatro períodos teórico-ideológicos propuestos por Alexander son:

FIGURA 2

Etapas de la reflexividad sociedad-teoría social

	MODERNIZACION	ANTIMODERNIZACION	POSTMODERNIZACION	NEOMODERNISMO
EVOLUCION SOCIAL	Aguda transición de postguerra en USA - Suburbanización - Reducción de la etnicidad - Baja conflictividad laboral - Prosperidad prolongada Exportación de la modernización a Europa	Serios problemas fácticos - Más dictaduras - Guerras «de modernización» - Nuevos movimientos religiosos Nuevos movimientos sociales - Étnicos - De juventud - Hippies, rock - Feminismo Nueva generación intelectual	Cambio del clima político - Agotamiento de los movimientos radicales - Rápido deslizamiento al conservadurismo El materialismo reemplaza al idealismo	Desde 1980, grandes cambios - Caída de dictaduras - Triunfo de los NICs - Ascenso del Japón Revigorización de la economía de mercado Desaparición de la alternativa comunista
EVENO SIMBOLICO	La obra de Marion Levy (1949)	Muerte de Kennedy Movimientos del 68	Transición sin rupturas	Caída delTelón de Acero
VIGENCIA	1950-1966	1967/1978	1979/1989	1990/...
NARRATIVA	Deflación de la «gran narrativa» No a la emancipación colectiva Realismo, «rigurosidad» «Fin de las ideologías» Conservadurismo Existencialismo individualista Ironía («espíritu de Mark Twain»)	Necesidad «heroica» de construir el futuro Líneas éticas en blanco y negro Militancia para la salvación colectiva	Deflación del mito revolucionario Pesimismo refugiado en la sátira Mito central: la derrota del idealismo es estructural Nostalgia del pasado Enfasis en lo íntimo, en la diferencia Enfasis en el modelo lingüístico	Carácter emancipatorio del mercado «Hagiografía» anti-dictadura Eficacia moral de la revolución democrática Proyecto de universalismo Resurrección de la sociedad civil Rehabilitación de Adam Smith, Schumpeter
CODIGO	TRADICION / MODERNIDAD Positivo: - Neutralidad - Tolerancia - Logro - Autenticidad - Progreso	MODERNIZACION / RUPTURA Negativo: - Burocracia - Represión - Anarquía capitalista Positivo: - Socialismo humanista	MODERNISMO / POSTMODERNISMO Negativo: - Lo radical - El «romanticismo» liberal Positivo: - Privacidad y subjetivismo - Particularismo - Ausencia de expectativas	INCIVILIDAD / CIVILIDAD Negativo: - Difícil de corporeizar - Nacionalismo, fundamentalismo Positivo: - Universalismo - Democracia
TEORIA DOMINANTE	La sociedad es un sistema coherente Proceso tradición-modernidad Occidente como tipo ideal Evolución en «ascenso adaptativo»	Revolución <i>versus</i> evolución Conciencia social de abajo arriba Discurso de la explotación Teorías del conflicto	No pretensiones de teoría general Buenas teorías de rango medio: - Modelos de cultura - Acción social - Relaciones de género - Vida económica	Teorías de la globalización Enfoques pluridimensionales: - Neofuncionalismo - Sistémica Teoría del «Public Choice»
CONTRA-CORRIENTES	Heroísmo colectivo de la guerra fría Narrativa crítica de Fromm, Adorno, Mills	Microsociología de Blumer, Garfinkel Morfogénesis de Buckley	Teoría de la estructuración Comunicacionismo de Habermas	Críticas al heroísmo de la nueva «Zeitgeist» Críticas al exceso de linealidad y racionalidad

Inspirado en Alexander (1994)

A) *La teoría de la modernización*

Encarnación en su época de las tradiciones ideológicas de la Ilustración y el evolucionismo, la teoría de la modernización salió a la luz en 1949 con una obra de Marion Levy cuyo tema —la estructura familiar en China— no parecía presagiar las nuevas ideas que desarrolla; su decadencia como doctrina hegemónica fue perceptible hacia mediados de los sesenta y se consumó con los famosos sucesos de 1968.

Muchos sociólogos célebres dieron vida a esta etapa. Entre ellos destacan Inkeles, Parsons, Bellah, Eisenstadt y el francés Raymond Aron; también Smelser puede considerarse miembro tardío del club, pero ya sus propuestas son más elaboradas y, en cierto modo, anticipan la etapa siguiente.

Muchos de ellos mostraban notables discrepancias en determinados puntos, pero en general cabe sentar como rasgos ideal-típicos de su teoría los siguientes:

- La concepción de las sociedades como sistemas con una organización muy coherente y formados por subsistemas estrechamente interdependientes.
- El desarrollo histórico de las sociedades contemporáneas se entiende como el paso del tipo tradicional de vida al moderno. Es decir, la modernidad se construye sobre un código binario que define lo bueno y lo malo y que es, a la vez, un significante y un excluyente.
- El tipo ideal moderno se define en relación a las sociedades llamadas occidentales, y se le dota de los rasgos de individualismo, democratización, capitalismo, pensamiento científico y secular, todo basado en una específica división del trabajo a tenor del género.
- Finalmente, el proceso de cambio tiende a concebirse como ascenso adaptativo; es decir, no revolucionario y encaminado al progreso.

¿Cuáles fueron las bases sociales que dieron pie a la emergencia de esta teoría? Es indudable que esa manera de entender la modernización nació en Estados Unidos, y allí es donde debemos buscar la raíz. En aquellos momentos, la sociedad americana experimentaba un repentino y acelerado proceso de suburbanización, de reducción de las diferenciaciones étnicas, de caída de la conflictividad laboral, dentro de un período de prosperidad sin precedentes por su fuerza y duración. No es extraño que los contemporáneos lo percibieran como una ruptura histórica, que además condujo a una desordenada retirada hacia el conservadurismo, más por terror hacia el nuevo ser nacional —según comenta Mailer— que por miedo al «peligro rojo». El discurso intelectual experimenta una desmovilización, una deflación de la narrativa heroica de la emancipación colectiva. Los pensadores sociales se juzgan a sí mismos más rigurosos que la generación anterior. El clima de pretendido realismo llega al punto de que Daniel Bell proclama en 1962 el fin de las ideologías, cosa que suele ser habitual en este tipo de épocas.

Sin embargo, no es el *realismo* el ingrediente mayor del contexto narrativo dominante. Más bien se puede otorgar este título a una especie de *romanticismo* científico, hijo menor y contrapartida del heroísmo intelectual de otros momentos históricos, que llevó al cultivo de las pautas culturales de la neutralidad y el logro. Otro factor ideativo fue el *existencialismo*, en el sentido de potenciar a los individuos concretos respecto a los sujetos históricos colectivos. La autenticidad comienza a valorarse como criterio central de la conducta; recuérdese que es la época en que Goffman dota a los actores sociales de la capacidad de distinguir entre el «frente» y el «atrás» en el teatro del mundo, la época en que Riesman acuña la noción de dirección interior.

Este complejo narrativo dominante tuvo, en la dimensión estética, el complemento de la *ironía* —que era muchas veces autoironía— y que condujo a la apreciación de la introspección y la ambigüedad. En síntesis, es lo que Bell definió más tarde como la «modernidad clásica», un ambiente muy similar al descrito por Mark Twain en sus relatos de Tom Sawyer.

Ha de reconocerse, por tanto, la excelente sintonía entre el discurso intelectual generalizado y las teorías sociales del momento. Dicha teoría, conviene precisarlo, contenía muchos aspectos dignos de ser retenidos. Por ejemplo, el énfasis en la dura realidad de las exigencias prácticas, que se imponen con tozudez sobre las concepciones idealistas; por ejemplo, la idea de que la modernización de un subsistema social crea considerables presiones en los otros. Esta última noción es de gran importancia, siempre que no se confunda la interdependencia funcional con la inevitabilidad histórica.

Pero también son considerables los puntos débiles de la teoría temprana de la modernización. Para empezar, las sociedades no occidentales o precapitalistas no son tan homogéneas internamente como defendían sus hipótesis. Tampoco lo era la codificada como «sociedad occidental», noción manejada como punto de referencia sin reconocer casi nunca las variaciones nacionales; y eso que, históricamente y a nivel de mentalidad intelectual, se produjo primero una americanización de Europa y sólo más tarde se habló de la occidentalización del mundo. Finalmente, y por citar sólo los puntos débiles más relevantes, la codificación binaria tradición-modernidad empuja a pensar en un desarrollo histórico muy simplista: dicotomizado y evolutivo, sin cabida para los cambios abruptos y dolorosos, para las regresiones o para la existencia de caminos paralelos.

Tales deficiencias teóricas fueron minando la duradera dominación de esta teoría, hegemónica durante dos décadas en el pensamiento social. Ayudó a ello la presencia de contracorrientes culturales, como el heroísmo colectivo de la guerra fría; y también de contracorrientes sociológicas, como la renovada narrativa crítica de Erich Fromm, Adorno y C. Wright Mills. Esta última corriente, aunque fracasó por una aparición prematura que no estaba acorde con el sentir general, aportó también su grano de arena para debilitar el entonces sólido consenso sobre el modernismo clásico. Pero lo que realmente determinó la decadencia fue un nuevo giro cultural, asentado sobre nuevos hechos y

defendido por una emergente generación de jóvenes intelectuales. Como de costumbre, el impacto principal fue el de la sociedad sobre la sociología, mejor que viceversa.

B) *El movimiento antimodernización*

El caso es que, según Alexander y Collomy, la teoría de la modernización cedió su posición privilegiada poco antes de 1967 a una nueva teorización que mostraba claros paralelos con la prevalente en los años cuarenta. Muchos son los factores que coadyuvaron a este relevo. Entre ellos merecen citarse:

- Un conjunto de serios problemas planteados por la propia realidad social. Así, la persistencia de la pobreza e incluso su incremento, tanto en el tercer mundo como en la llamada sociedad occidental; o una secuencia de guerras menores que parecían provocadas por el proceso de modernización mismo; o la proliferación de dictaduras consentidas como algo conveniente en la dialéctica de la guerra fría; o, especialmente, unos nuevos movimientos más o menos místicos en el seno de Occidente que chocaban frontalmente con la presunta tendencia a la tecnocracia y a la secularización de la vida.
- Una profunda modificación autocrítica de la teoría hegemónica, que seguía las pautas expuestas por Imre Lakatos, para explicar y hacer frente a tan llamativas anomalías. De ese modo, se asiste a una progresiva sofisticación del dualismo tradición/modernidad. Se reconoce a nivel teórico la existencia de vías hacia lo moderno paralelas e independientes, modificando y potenciando las nociones de «difusión» y de «alternativas funcionales». Aparecen diversos estudios que analizan los problemas en las conexiones entre subsistemas sociales, complejas y llenas de excepciones. Para más sofisticación, se le otorga al concepto de «sociedad civil» el carácter de «tradición de lo moderno», como puso de relieve Bellah en su notorio trabajo publicado en 1970.
- La ascensión de teorías antagonistas que sustituyen el binomio modernización/evolución por el de revolución/contrarrevolución, o preconizan la extensión de la conciencia social de abajo arriba o, paladinamente, entran en el discurso de la explotación y la desigualdad, como Goldthorpe en 1969.

En ese movimiento de renovación teórica fueron pioneras las llamadas teorías del conflicto, que venían haciendo su camino desde mediados de los cincuenta. Por otro lado, las microsociologías plantan cara a la teoría estructural, preparando el camino para el futuro postmodernismo.

Pero tales tendencias fueron sólo factores entre otros muchos. Lo que en verdad desencadenó el giro en el pensamiento sociológico fue la facticidad de

los nuevos movimientos sociales de emancipación colectiva, que aparecieron en los más diversos sectores: reivindicaciones étnicas, de la juventud, el fenómeno *hippie*, la explosión del *rock*, el feminismo. Entre todos destruyen el corazón ideológico, discursivo y mítico de la modernidad temprana, alteran el *Zeitgeist* social y capturan la «imaginación sociológica» de una nueva generación de intelectuales. Cambia la visión del mundo, que ahora se explica de otra manera. En psicología, se reinterpreta a Freud en un sentido antirrepressivo y erótico. En el campo sociológico, son figuras emblemáticas de esta etapa Moore, Goldthorpe, Coser, Dahrendorf, Rex, Collins. Su epítome, sin embargo, lo constituye la británica *New Left Review*, foro para la diseminación de las ideas de Sartre, Gramsci, Lefebvre, Lucaks y Althusser, entre otros.

De acuerdo con el esquema analítico que seguimos, debemos preguntarnos qué características tienen el *código* y la *narrativa* de este período. El porvenir se transforma en algo que hay que conquistar, y la oposición binaria tradición/modernidad cede su puesto a la de modernismo/utopía. Es decir, que el código social básico sufre una inversión, de forma que los signos de la modernización cambian su significación positiva por otra nefasta. Donde se leía democracia e individualismo, ahora se interpreta como burocracia y represión sutil. No se habla de industrialización, sino de capitalismo. El mercado libre es calificado de empobrecedor capitalismo anárquico y se propugna sustituir la política social preventiva de descontentos por un socialismo humanista.

La narrativa social rechaza la idea de «camino correcto» atribuida al proceso de modernización como fuerza natural, para pasar a sentir la necesidad heroica de construir un futuro solidario. De la antigua tolerancia liberal se pasa a mantener agudas líneas éticas que dibujan en blanco y negro los imperativos políticos. Aparece, en suma, una nueva narrativa heroica, dotada de una orientación militante hacia la salvación colectiva.

Pero la energía de los movimientos sociales radicales se disipó hacia fines de la década de los setenta. Algunas de sus demandas fueron institucionalizadas y otras bloqueadas por el conservadurismo que volvía a emerger. Se produjo un rápido deslizamiento, tanto cultural como político y epistemológico. En un nuevo vuelco histórico, el materialismo reemplaza al *ethos* idealista, los antiguos maoístas se vuelven *nouveaux philosophes* y los *yippies* se transforman en *yuppies*. Y, al compás del discurso intelectual, la teoría sociológica experimenta un nuevo bandazo.

C) *La postmodernización*

El caso es que, según pasaron los años, se fue viendo que la esperada transformación social no acababa de cuajar. La tensión militante se fue apagando hasta que fue evidente el fracaso del movimiento heroico hacia la construcción colectiva del porvenir. La teoría postmoderna puede calificarse como un intento de resolver el problema de significado creado por el agotamiento

del espíritu de los sesenta. Inicialmente constituyó una ideologización del desencanto intelectual, de un pesimismo cósmico que se refugió en la ridiculización y la sátira.

El mito central del postmodernismo es la creencia en que la derrota de los ideales progresistas no fue circunstancial, sino debida a la ciega estructura de la historia. Nació así una etapa dominada por la izquierda desengañada, que elaboró un nuevo código donde tanto lo heroico-radical como lo liberal-romántico aparecen en el lado malo de la dicotomía.

En realidad, el código construido por los postmodernos es un prodigio de artificiosidad, un complejo ejercicio de cinismo que ha creado no pocas confusiones a los analistas sociales. Para empezar, el postmodernismo toma las ideas emblemáticas del antimodernismo (es decir, lo público, lo heroico, lo colectivo) y se las atribuye a la modernidad en cuanto tal para construir el polo malo de la oposición binaria. Por otro lado, arrebató a la teoría de la modernidad muchas de las nociones que ésta consideraba positivas (la privacidad, el individualismo) y fabrica con ellas el polo positivo, añadiéndole como cosecha propia el localismo, el particularismo y la disminución de expectativas. Surge así un código interpretativo «moderno *versus* postmoderno» que, aun utilizando términos similares, presenta contenidos y connotaciones muy diferentes.

Es preciso entender bien lo engañoso de este código porque aún es prevalente entre nosotros y condiciona de modo considerable nuestro pensamiento sobre las etapas anteriores. Por fortuna, la narrativa social que completa la trama significativa del discurso intelectual postmoderno es mucho más transparente y menos ambigua. En sintonía con el espíritu de la época, renuncia a la «gran narrativa» tal como es definida por Lyotard, al mito heroico. Se proclama el fin del socialismo y de las ideologías progresistas y se llega a anunciar por Baudrillard el orto del «símbolo vacío». A cambio, se enfatiza lo personal e íntimo, la diferencia; pero, como una muestra de la ambigüedad del postmodernismo, Foucault anuncia al mismo tiempo la «muerte del sujeto».

En conjunto, la narrativa postmoderna genera un discurso fatalista, crítico, resignado, agnóstico, dotado de un distanciamiento cómico, que no irónico. Caracterizado por un fuerte énfasis lingüístico, trasluce una especie de consciente autoalienación teñida de una cierta nostalgia por el idealismo perdido.

En el campo teórico social, este ambiente intelectual se traduce en negar cualquier pretensión de teoría general. Por el contrario, se producen incisivas y valiosas teorías de rango medio, tanto en el terreno de la epistemología (Rorty) y de los modelos culturales (Lyotard, Foucault) como en las relaciones de género (Seidman), las clases (Bourdieu) y la vida económica (Harvey, Lash). Y como no podía menos que suceder, los estudios sobre vida cotidiana, construcción del yo y estilos de vida proliferan de manera prodigiosa siguiendo los pasos de los pioneros Cicourel, Garfinkel y Alderson.

La decadencia de esta corriente teórica se está produciendo, de acuerdo con la regla habitual, por consideraciones extracientíficas. Hondas transformaciones de la realidad social se tradujeron en el, por ahora, último vuelco de la

mentalidad dominante. El pensamiento izquierdista, refugiado en un postmodernismo que hacía las veces de cuarteles de invierno, dejó paso al retorno de la derecha, que venía ganando posiciones fácticas desde el comienzo de los ochenta.

D) *El neomodernismo*

En efecto, a lo largo de esa década hubo una dramática serie de éxitos para las economías de mercado agresivas. No sólo estaba el caso del Japón, sino que los llamados NIC —nuevos países industrializados— mostraron que Estados celosamente capitalistas eran capaces de provocar un desarrollo sostenido en economías atrasadas. Pero también el modelo de mercado se vio fortalecido en otros ámbitos; y no hablo sólo del ámbito anglosajón con Reagan y Thatcher, sino sobre todo de regímenes más intervencionistas como los de Francia, Italia o España.

El terreno político tampoco se libró de cambios percibidos como radicales. Por razones muy diversas, muchas dictaduras desaparecieron en los cuatro puntos cardinales del globo. Uniendo ambos factores, una buena parte de la intelectualidad llegó al convencimiento de que no era empíricamente justificable aceptar el autoritarismo político como precio del desarrollo económico.

El discurso dominante estaba, pues, preparado para un nuevo cambio de rumbo. Y el punto de inflexión fue un acontecimiento con visos de ruptura histórica: la caída de los gobiernos comunistas. En un breve lustro, de 1985 a 1989, se fueron disolviendo sin remedio y dejaron de constituir una alternativa en la realidad y, lo que es más trascendental, en la imaginación de los izquierdistas.

Obsérvese que estamos hablando de acontecimientos a escala mundial. Y aquí radica su importancia, porque esto significaba un golpe de muerte a la vena fatalista, privada y fragmentadora del postmodernismo. En pocas palabras, lo que imponen los hechos es la resurrección de las corrientes universales, del universalismo en abstracto como fuente de la teoría utópica; utópica en el sentido de ser capaz de diseñar convincentemente un futuro deseable.

Por supuesto, la teoría social acusó en profundidad el impacto de los eventos y del discurso que se organizó en torno a ellos. Se produjo una inflación de la narrativa inspirada en la fuerza emancipatoria del mercado, que se concibe ahora como una interrelación social muy lejos de las ideas explotadoras y desarraigadoras del pasado. Powell glorifica los denominados «lazos débiles» mercantiles frente a la excesiva ligazón de la comunidad local. Se rehabilitan las figuras de Adam Smith, Schumpeter, Weber y Parsons. Y Coleman, ahondando en los planteamientos reduccionistas de Homans, aporta su teoría de la *rational choice*.

En lo político, la narrativa del momento se nutre de la fe en la eficacia moral de la revolución democrática. Se tiende a tratar del mismo modo movi-

mientos antidictadura tan disímiles como los de Walesa, Gorbachov o Mandela para desplazar el problema de las injusticias sociales en beneficio de la ideología liberal. La modernización deja de entenderse como un proceso regional/imperial —como lo definía André Gunder Frank— para pasar a ser calificado, de la mano de Wallerstein, como global e internacional.

Se resucita a Tocqueville para reavivar su noción de sociedad civil. Los teóricos de inspiración marxiana, como Alain Touraine, enriquecen su vocabulario con la inclusión de la «esfera pública» en sus análisis. Predominan los debates en torno al pluralismo, la diferenciación y la participación. Todo ello proporciona un punto de referencia común que implica la codificación binaria que enfrenta al ciudadano con el extraño, posibilitando la teorización de los conflictos utilizando menos las connotaciones capitalistas.

Esta última reflexión nos lleva a examinar el código primario de este emergente período neomoderno. El recién mencionado código ciudadano *versus* extraño no es más que una derivación de la contraposición civil/incivil, que es la dominante. La sociedad civil se identifica con las notas de democracia y universalismo, corporeizadas en el mercado libre, el individualismo y los derechos civiles. Pero se trata de un código incompleto, donde la caída del socialismo real hace difícil personificar la vertiente mala de la oposición binaria.

Los países del Tercer Mundo, en cuanto tales, no sirven para ese papel, porque se consideran simplemente aprendices para la vía a la modernización, a los que les llegará su turno a tenor de la corriente universal. Eso deja sólo dos posibles candidatos a ocupar el lado oscuro de la codificación. Uno es el fundamentalismo, que presenta para este intento ciertas dificultades teóricas y empíricas. Mejor candidato es el nacionalismo, pero el nacionalismo en todas sus formas, tanto el de Estado como el de los pueblos sin soberanía. Es evidente que esta demonización requiere un código secundario que refuerce y complete el código principal. El neomodernismo es joven y todavía no lo ha creado, pero ya hay muchos teóricos puestos a la tarea. Incluso hay quien ha equiparado al nacionalismo con el comunismo, subrayando su común carácter exaltado y reivindicativo. Pero de lo que no cabe duda es del auge de los análisis sobre el tema, que atrae un interés progresivo por su presunto carácter de estudio demonológico.

Acaba de destacarse que el neomodernismo es joven. Aún no es tiempo para aclarar si su base es una nueva generación intelectual o si está formada por una convergencia de fragmentos de viejas generaciones. Sí está claro, a nivel teórico, que la nueva corriente encierra peligros de extremización. El peligro principal está en la amnesia teórica, en resucitar las formulaciones de la modernización temprana sobre convergencia cuya linealidad y excesiva racionalidad han sido denegadas históricamente. Ya ha quedado patente que la democracia, el imperio de la ley y el juego del mercado son requisitos funcionales ineludibles para alcanzar un buen nivel de desarrollo y calidad de vida en el mundo contemporáneo; pero eso no nos autoriza para considerarlos inevitabilidades históricas o panaceas para cualquier subsistema no económico, ni para conver-

tirlos en receta específica que marque una salida lineal y única en cualquier circunstancia.

En todo caso, conviene subrayar que ninguna de las cuatro fases descritas —y recogidas sumariamente en la figura 2— ha desaparecido del panorama teórico. Todas ellas permanecen hoy vitalmente activas y compitiendo con las otras, bien con carácter de relictos, bien como hegemónica en descenso (es el caso del postmodernismo) o como firme alternativa de futuro.

CONCLUSIONES

La primera enseñanza que se desprende del desarrollo de las hipótesis de Alexander sobrepasa con creces el aspecto concreto que analiza, pues atañe a un asunto de carácter más general: es una enseñanza de índole metodológica y epistemológica, que nos dice que las visiones dicotómicas son un excelente objeto de estudio para el análisis sociológico, pero una fuente de errores y simplificaciones bárbaras, sobre todo si constituyen la base del pensamiento analítico.

Pero ciñéndonos al tema de la reflexividad, es obvio que los análisis anteriores refuerzan la idea marxiana de que las circunstancias históricas influyen más en la formación de la teoría que no viceversa. Las cosas parecen funcionar de un modo que nos recuerda inevitablemente el planteamiento neoevolutivista que hace Luhmann para explicar los espectaculares vuelcos en la historia de los cambios semánticos. En un texto que se ha hecho clásico, Luhmann (1978) propone el uso de las nociones de *variación*, *selección* y *retención* como fundamento de la trama explicativa de esos cambios. A este tenor, las innovaciones o resurrecciones teóricas se producen continuamente y son transmitidas a la sociedad de una manera cada vez más dramatizada, siguiendo el principio periodístico de que lo valioso es una frase que pueda convertirse en titular. Estas variedades teóricas son seleccionadas mediante una comunicación social exitosa, cuyas condiciones de éxito varían con la evolución societal. Las teorías que sintonizan mejor con las circunstancias sociales son retenidas y diseminadas, y acaban estabilizándose provisionalmente en una especie de dogmatización temporal que se quebrará con un nuevo giro de la evolución social, simbolizado en un evento impactante. Así, las nociones de variación, selección y retención son las ideas clave de un drama sin fin que, en sus aspectos formales, se copia a sí mismo indefinidamente.

De ahí se deduce que, contra los buenos deseos de Popper, no es la teoría más válida científicamente la que sobrevive. Sobreviven casi todas, pero la más adaptada a su medio ambiente ideativo tiene la ventaja añadida de alcanzar una hegemonía provisional; bien sea porque ya nace así, bien porque se adecua mejor a los tiempos a base de hipótesis *ad hoc* y categorías residuales, como estipula Lakatos (1974). Todo esto demuestra suficientemente cómo la sociología, con la mediación del discurso intelectual dominante, refleja a la sociedad de su tiempo.

Acaba de indicarse que la influencia reflexiva de la sociedad sobre la sociología es, de lejos, considerablemente más fuerte que la corriente en sentido inverso. Pero ésta sería una conclusión demasiado simplista. Varios importantes rasgos singularizan a uno y a otro fenómeno, por lo que conviene llegar más allá del dictamen epidérmico que acabo de formular.

En primer lugar, el impacto del discurso social parece decisivo, pero sólo para poner en el candelero las teorías que sintonizan mejor con el ambiente intelectual del momento. La difusión de los trabajos teóricos acordes con la narrativa dominante promueve su conocimiento generalizado, da fama temporal a sus autores, impulsa su proliferación y sirve de refuerzo al discurso hegemónico. Pero esta circunstancia no nos indica nada sobre la calidad del desarrollo teórico dominante en cada momento ni acerca de su impacto a medio y largo plazo sobre el acervo científico de los sociólogos. Porque, junto a la corriente dominante, siempre existen pensadores e investigadores considerados más o menos heterodoxos en ese instante, pero cuya obra mina y prepara la sustitución de la línea alentada por las circunstancias. En una palabra, los autores malditos de hoy pueden muy bien ser considerados *a posteriori* los profetas del mañana.

Por otra parte, el reflejo de la teoría sobre la sociedad es mucho menos global y omnipresente, excepto en el caso de que un planteamiento teórico se transmute en ideario político, como sucedió con la tradición marxista. Pero eso suele conllevar una modificación profunda de la teoría que se politiza, además de su simplificación y dogmatización. Lo habitual es que las teorías y diagnósticos sociológicos impacten en áreas y sectores muy concretos de la vida social. Y, por supuesto, ese impacto está sometido a unas reglas mucho más complejas que las que rigen la influencia del discurso social sobre la sociología; unas reglas de difícil dominio y que plantean graves problemas éticos a los científicos sociales implicados¹¹.

A otro nivel de análisis, conviene subrayar que la reflexividad presupone y engloba numerosos circuitos cibernéticos. Hay un claro paralelismo —que quizá pudiera denominarse identidad— entre el fenómeno de la reflexividad y lo que en cibernética se denomina *feed-before* o antealimentación, base de lo que Parra Luna (1994) ha bautizado como «tercera cibernética».

Esta afirmación, que supone traer a colación el enfoque sistémico de la sociología, merece unas cuantas precisiones. En otros trabajos he recalcado que, como dice Deutsch, la diferencia entre las ciencias sociales y las naturales es que el objeto de las primeras —es decir, el ser humano y su organización social— reacciona autónomamente ante el conocimiento de sí mismo y modifica con nuevas acciones las bases empíricas de tal conocimiento. Luhmann llega más lejos al sentar que un suceso cualquiera sólo constituirá *infor-*

¹¹ Para un excelente tratamiento de estos aspectos, véanse las aportaciones de Lamo de Espinosa (1990, 1992, 1994), así como las de los autores que le acompañan en dos de las tres obras citadas y el enfoque un tanto más filosófico de Navarro (1994).

mación si a partir de él pueden producirse cambios en el estado del sistema; lo demás es simple «ruido». De ahí la reflexividad intrínseca de las ciencias sociales que defiende Bourdieu en su *Sociology in Question*¹². Esto equivale a decir, en la jerga cibernética, que el factor diferencial de los sistemas sociales frente a otros tipos de sistema es la continua presencia de circuitos de antealimentación.

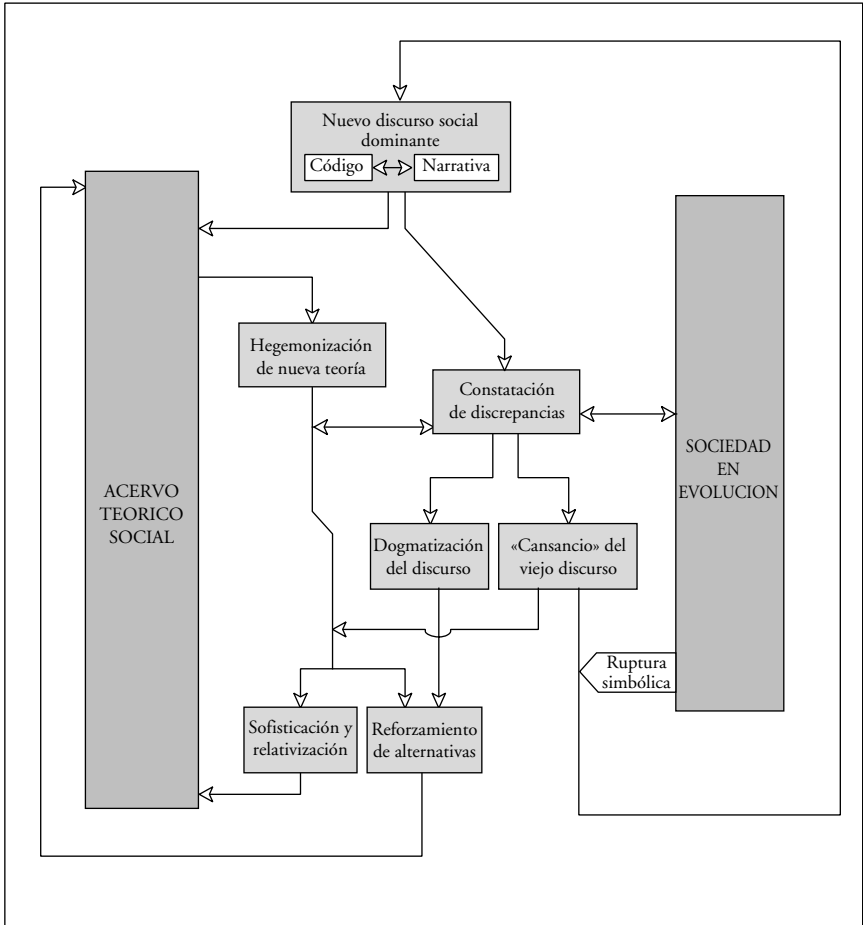
Por lo tanto, la reflexividad alude implícitamente a la lógica relacional, siendo difícil captar sus sutilezas a través de un modo de pensar clásico y lineal. Ante estas dificultades, quienes se sienten mejor dotados para la lógica formal se inclinarán por expresarse en términos sistémicos, siguiendo lo que Pascal llamaba *esprit de géométrie*; los que siguen la tradición de las formulaciones más literarias encontrarán que el concepto de reflexividad cumple los mismos propósitos, pero a través del *esprit de finesse* pascaliano. Quizá un ejemplo ayude a lo que acabo de decir. Páginas atrás presenté la figura 1, que mostraba una modelización de los fenómenos descritos por Alexander; se trataba de una representación secuencial y, como tal, fácilmente captable por personas no demasiado entrenadas en el uso de los diagramas cibernéticos. Si examinamos ahora la *figura 3*, podrá verse que es equivalente a la anterior, con la diferencia de que la dimensión *tiempo* ha dejado de tener una presentación lineal para adquirir una sintaxis cíclica. Supone una depuración y mejora formal de la versión contenida en la figura 1, por estar más cercana al *esprit de géométrie* pero más alejada de nuestra experiencia cotidiana, acostumbrada a considerar al tiempo como algo que fluye. Resulta entonces algo menos comprensible intuitivamente, pero a cambio representa el fenómeno de la reflexividad entre sociedad y teoría de una forma directamente implementable mediante programas informáticos hoy disponibles. Sobre las ventajas de uno u otro gráfico podría discutirse mucho, pero lo que importa resaltar ahora es que su evidente equivalencia demuestra mejor que cualquier larga argumentación la práctica identidad entre reflexividad y antealimentación.

Finalmente, en lo relativo a la influencia de las narrativas sociales sobre los sociólogos, conviene recordar que los científicos sociales son intelectuales, pero que también son científicos. Si su vertiente intelectual les impele a interpretar el mundo a más de explicarlo o incidir sobre él, también se deben por su componente científica a una vigilante autorreflexión sobre las inevitables dimensiones ideológicas de su quehacer y sobre cómo esto afecta a la eficacia de su trabajo. Parafraseando un viejo proverbio, la autotransparencia es un objetivo que nunca llega a alcanzarse, pero al que debemos aspirar activamente sin reposo.

¹² Debemos a Bourdieu una de las más ponderadas y certeras definiciones de la reflexividad como fenómeno genérico: un reflejo sistemático de las categorías y presuposiciones de nuestro conocimiento. Esta alusión de Bourdieu a la sistemicidad —por no hablar de los «efectos colaterales» alegados de continuo por Beck— justificaría por sí sola mi anterior referencia a circuitos cibernéticos.

FIGURA 3

Reflejo de la evolución social sobre la teoría sociológica



REFERENCIAS

- ABERCROMBIE, N., *et al.* (1980): *The Dominant Ideology Thesis*, Allen & Unwin, London.
- ALEXANDER, G. C. (1994): «Modern, Anti, Post and Neo: How Social Theories Have Tried to Understand the “New World” of “Our Time”», *Zeitschrift für Soziologie*, 23, 3, pp. 165-197.
- ALEXANDER, G. C., y Colomy, P. (1992): «Traditions and Competition: Preface to a Postpositivist Approach to Knowledge Cumulation», en G. Ritzer (ed.), *Metatheorizing*, Sage, London.
- BECK, U. (1992): *Risk Society: Towards a New Modernity*, Sage, London.
- BECK, U.; GIDDENS, A., y LASH, S. (1994): *Reflexive Modernization*, Polity Press, Cambridge.
- CATHELAT, B. (1986): *Styles de Vie*, Les Editions d'Organisation, Paris.
- GEERTZ, C. (1987) [1973]: «La ideología como sistema cultural», en C. GEERTZ, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México.
- GIDDENS, A. (1991): *Modernity and Self-Identity: Self and Identity in the Late Modern Age*, Polity Press, Cambridge.
- (1994): «Modernidad y autoidentidad», conferencia en el Seminario *Autocrítica de la modernidad*, UIMP de Valencia (inédito).
- KUHN, T. S. (1975) [1962]: *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- LAKATOS, I. (1974) [1970]: «La falsación y la metodología de los programas de investigación científica», en I. LAKATOS y A. MUSGRAVE (eds.), *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Grijalbo, Barcelona.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (1990): *La sociedad reflexiva: Sujeto y objeto del conocimiento sociológico*, CIS/Siglo XXI, Madrid.
- (1992) (coord.): *Problemas de teoría social contemporánea*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- LAMO DE ESPINOSA, E.; GONZÁLEZ, J. M., y TORRES, C. (1994): *La sociología del conocimiento y de la ciencia*, Alianza, Madrid.
- LASH, S., y URRY, J. (1994): *Economies of Signs and Space*, Sage, London.
- LUHMANN, N. (1978): «Temporalization of complexity», en R. F. GELLER y J. VAN DER ZOUWEN (eds.), *Sociocybernetics*, vol. 2, Martinus Nijhoff, Leiden.
- MANNHEIM, K. (1958) [1929]: *Ideología y utopía*, Aguilar, Madrid.
- NAVARRO, P. (1994): *El holograma social*, Siglo XXI, Madrid.
- PARRA LUNA, F. (1994): «Third Cybernetics», ponencia presentada al *World Congress of Sociology*, Bielefeld.
- POPPER, K. R. (1988): «Un mundo de propensiones (Un nuevo aspecto de la causalidad)», conferencia en el *World Congress of Philosophy*, Brighton, publicada en *El País (Temas de Nuestra Época*, año II, 44).
- SCHUTZ, A. (1962): *Collected Papers*, vol. I, Martinus Nijhoff, Gravenhage.

RESUMEN

El trabajo defiende la hipótesis de que la reflexividad pasará a ocupar un lugar central en la teoría sociológica, al ser el vehículo principal de la capacidad del ser humano para modificar el mundo social; entre otras razones porque —como arguyen Beck, Giddens y Lash, entre otros— su fuerza se está incrementando en el mundo que nos ha tocado vivir. Se presta especial atención al modo en que las circunstancias históricas se reflejan en la formación de la teoría social, según una dinámica que, en sus aspectos formales, se copia a sí misma indefinidamente mediante unos procesos que recuerdan la estructura que propuso Kuhn para las revoluciones científicas. Tales procesos son de difícil control porque actúan según la lógica relacional, planteando graves retos a los científicos sociales.

ABSTRACT

The author defends the hypothesis that reflexivity will come to occupy a central place in sociological theory, as it is the main vehicle of the human being's capacity to modify the social world; among other reasons because —as Beck, Giddens, Lash and others claim— its strength is increasing in the world we have been burdened to live with. Special attention is paid to the way the historical circumstances reflect themselves in the formation of social theory, following a dynamics that, in its formal aspects, copies itself in an indefinite manner through processes which remind us of the structure proposed by Kuhn for the scientific revolutions. Such processes are difficult to control because they act according to the relational logic, sending serious challenges to the social scientists.

TEXTO CLASICO